

# Samperio se muda de universo

Cristina Rascón

*La muerte de Guillermo Samperio nos deja sin un cuentista original. Heredero de una tradición que viene de Julio Torri, Tito Monterroso o Juan José Arreola, Samperio fue un hacedor de minificiones. Cristina Rascón, la autora de Hanami, nos comparte en este texto una imagen del narrador y tallerista mexicano.*

“Para Cristina, no tan fantasma, pero si lo fuera sería la más bella”, escribía Guillermo Samperio en una dedicatoria del año 2005, cuando por fin tomé un taller literario con él, en la Universidad de Sonora. Llevaba más de un lustro leyéndolo, conociéndolo a través de sus textos, acompañándome de sus realidades y sus meta-realidades, cargando sus libros por mis viajes por Europa y Asia, donde viví varios años. Recuerdo que en el año 2000 quise inscribirme en un taller que impartió en la Ciudad de México, un par de meses antes de irme a estudiar a Japón, y fui el mismo día que se abrieron inscripciones. Cupo lleno. No hay manera, señorita. Estuve tentada a esperarlo y hablar con él, pero no me atreví. Tuve que esperar cinco años y además recorrer una veintena de países y de visitar sus respectivas literaturas, antes de ver cómo me firmaba su libro en Hermosillo, para después departir bailando cumbias, en pleno verano, durante la fiesta de clausura.

Halagada por el piropo, belleza o no, el punto importante era lo fantasmagórico. En el taller compartí

un cuento sobre un fantasma que se enamoraba de una pintora; Samperio se mostró muy interesado en la dinámica del erotismo en lo no material. Viene a mi mente su microrrelato “El fantasma” y otro par de textos donde sus personajes se mueven como fantasmas, personajes que se intercambiaban entre realidades alternas, o entre personaje-personaje y personaje-escritor, transposiciones que brindaban también una sensación de fantasmalidad. Estaba frente a un escritor de lo invisible. Eso es lo que logra la magia de la literatura.

Vivir en lugares donde no puedes, por lo menos al inicio, comunicarte, provoca la impresión de sentirse así, etérea, flotante y efímera; desde ahí escribí algunos de mis primeros cuentos. Cuando leí *Ella habitaba un cuento*, de Samperio, sentí que todos éramos fantasmas, personajes, narrados por otros ojos, esperando encontrar ese narrador, en algún lugar, que todo lugar, o todo texto, por más extraño y exótico, estaba hecho para ser *habitado*. Nos dice su personaje-escritor: “Desde el punto de vista de la creatividad, el diseño de una casa-habi-

tación se encuentra invariablemente en el espacio de lo ficticio [...] Una vez terminada, el propietario habitará su casa y la ficción del arquitecto [...] El escritor es artífice de la palabra, diseña historias y frases, para que el lector habite el texto”.

Durante el taller nos habitamos su sentido del humor y su histrionismo. Como si fuera cada uno de los personajes, nos hizo comprender los actos, antagonismos y posibles respuestas a encrucijadas de la trama. Nos sugirió construir escaletas, cambiarlas, dejarnos sorprender por ellas. Cada sesión realizaríamos algún ejercicio de creación de su libro *Después apareció una nave: recetas para nuevos cuentistas*, y comentaríamos ese reto textual, así como cuentos de la autoría de cada uno de los participantes. Era un grupo selecto, de escritores con algún libro publicado o premio recibido. Yo era la excepción; no imaginaba que mis primeros tres libros y dos premios literarios se concretarían al año siguiente. Además de asistir en Monterrey durante varios años al taller de Rafael Ramírez Heredia (a quien Samperio recomienda leer en su libro *Cómo se escribe un cuento: 500 tips para nuevos cuentistas del siglo XXI*), el taller con Guillermo Samperio fue otro pilar importante en mi formación como cuentista. Me atrevo a decir que varios escritores de mi generación y más jóvenes, hayan asistido a sus talleres o no, se sintieron estimulados por su forma de abordar la brevedad. Sus textos eran cercanos, pues venía de la tradición y de autores previos, que estudiábamos, pero sus temas y atmósferas eran lo que sentíamos agazapado a nuestro alrededor, lo que descubríamos en lo cotidiano.

Por aquí, pues, he iniciado esta nota, celebrando la labor que Guillóm, como le decían cálidamente sus amigos y seguidores, realizó como tallerista en toda la República mexicana. En varios estados, sobre todo del norte, Samperio dejó huella y encaminó a futuros escritores, como es mi caso y el de otros varios que seguimos el cuento y las brevedades. Tenía una desenfadada forma de compartirnos qué era escribir un cuento, qué era ser escritor, de dónde aferrarse en el vértigo de la escritura. En *Cómo se escribe un cuento* relacionó, en un estilo fragmentario, consejos por unidad temática sobre el acto de escribir: técnicas, atmósferas, bloqueos, la relación entre poesía y cuento son algunos de los temas que abordaba en este libro y en sus talleres literarios. “Todo buen cuento estará compuesto por tres elementos: identificación, imaginación y poesía”, nos dice Samperio.

La conversación y el buen ojo para ver las fallas y aciertos en los textos de sus alumnos no cesaban cuando acababa el taller o curso, sino que con varios continuó la comunicación de forma cibernética. Tampoco cesaba si le mostraba uno un libro recién publicado. Todavía guardo mi libro de cuentos *Hanami* con breves reflexiones escritas a mano al margen de una que otra página. Me lo entregó cuando presentó mi libro en el Centro de

Creación Literaria Xavier Villaurrutia en 2009, donde expresó comentarios muy generosos sobre la naturaleza del libro, la lejanía y cercanía de Japón en cada texto y el sutil asomo hacia la autoficción.

Precisamente, Samperio mencionaba que los personajes pueden o no ser como uno, pero que el texto, el cuento mismo, sí busca ser como uno, es decir, único e irreplicable, singular, juguetón, sorprendente hasta para el mismo autor. Como sucede en la vida, supongo, cuando uno mismo puede actuar de forma impredecible. Por supuesto, en los más de cincuenta libros de cuento, novela, poesía, ensayo, literatura infantil y teoría literaria que publicó en sus cuarenta años de vida profesional, podemos ver que hay mucho del autor entre las líneas y los esbozos de sus personajes y descripciones. Pero no deja de ser ficción, de construir otros Yo que actúan o resuelven situaciones de forma diferente e inesperada. En este punto me detengo a notar que, ahora que he releído su obra para escribir esta nota, salgo de la lectura renovada, con más ganas de escribir. En particular, me sorprende su capacidad de crear personajes del sexo opuesto. *Aquí Georgina, Ella habitaba un cuento, La mujer de la gabardina roja...* Todas mujeres creíbles, entrañables, en las cuales más de una lectora se verá reflejada, *presa de una mirada, de una forma de ver*, como nos dice la prosa de Samperio. Nos deja clara su capacidad de narrar desde la ficción pura, de habitar sus propios cuentos tanto como sus personajes.

En sus relatos, además, persiste la búsqueda de un mínimo a maximizar. No sólo en su exploración de la brevedad como género, sino en la abundancia de los desdoblamientos, los sueños entrecruzados con la realidad, la realidad a secas (sobre todo en el tema de la pareja y/o de la política), los giros inesperados a la fantasía, los detalles vueltos explosiones: un guante, una gabardina, unos zapatos azules, un balón de fútbol o una bicicleta.

Cuando Guillermo Samperio publicó su primer libro yo estaba gestándome, y no es metáfora. Por eso inicié por las ondas en el agua, que continuarán expandiéndose (sus textos, sus alumnos, sus propuestas de exploración), y no por lo que fue el origen de las ondas. Si observamos hacia atrás, la obra de Guillóm es el eslabón que sigue a la obra de Julio Torri, Augusto Monterroso y Juan José Arreola. Samperio se adelantó al *boom* de la minificción y publicó oraciones-cuento, párrafos-cuento, páginas-cuento, hasta un título-cuento: “El fantasma”, clasificado por Clara Obligado como el más breve de Hispanoamérica. El autor dedicó un pequeño ensayo (el epílogo a su libro *La brevedad es una catarina anaranjada*) sobre el género de la minificción, en el que cita además de los escritores enlistados, a Lauro Zavala, como importante difusor en México de la ficción breve, y enumera algunos de sus textos predilectos en esta línea, en voz de Gómez de la Serna y Rafael Pérez Estrada,



Guillermo Samperio

además de los autores mencionados. Curiosamente, en la introducción al mismo libro, menciona que desde la infancia se sintió atraído hacia las cosas mínimas, como pelusas e insectos, y que coleccionaba lo que llegara a sus pies, o a sus manos, en la búsqueda y regocijo en el detalle. No puedo evitar pensar en el haikuista Issa Kobayashi, quien también se centró en los detalles más pequeños de la naturaleza, sobre todo los insectos, lo que lo hace diferente, muy entrañable, en comparación con otros autores de Japón. Samperio, pues, nos lleva también a curiosear sus obsesiones, por eso nos atrapa, por la versatilidad en temas, formas y ritmos en su prosa. Otro eslabón importante es con Julio Cortázar; Samperio tiene un relato que llamó “Capítulo extraviado de *Rayuela*” y no olvidemos el guiño inequívoco a “El último round” en su texto “Cuando el tacto toma la palabra”, donde se permite jugar desde otra cancha, habitar las formas y lenguajes del cuentista argentino para decir lo propio. Con la filósofa española María Zambrano, a quien citaba con frecuencia en cuentos y conversaciones, también sostiene una conversación recurrente. Digamos que como autor visitaba otros universos literarios y se movía por ahí, por esas construcciones, para volver a las suyas propias. La lista sería larga, los textos de Samperio distan de ser superficiales, suelen contener lo que en haiku se conoce como dimensión vertical: una conversación con la tradición literaria, más allá de la imagen o historia entre líneas.

Ganador del Premio Casa de las Américas, Medalla a las Artes por los países del Este, Premio Nacional de Periodismo Literario, Premio Instituto Cervantes de París dentro del Concurso Juan Rulfo de Francia, miembro

del Sistema Nacional de Creadores en repetidas ocasiones, homenajeado en el INBA por sus 25 años como escritor, entre otras distinciones y traducciones de su obra al francés, inglés, italiano, entre otros, Guillermo Samperio es un escritor que no dejará de aparecer frente a nosotros, dando saltos entre universos, entrelazando generaciones, fantasmal.

Visionario y adelantado a su tiempo, hibridó otras búsquedas artísticas en su literatura. Más de una vez comentó que había heredado la fuerza creativa de su padre, músico y compositor; él mismo experimentó las artes visuales y fue amante de la música, del jazz y los blues. Exploró ideas políticas a través del fútbol y del box. Lector en búsqueda de nuevas formas, Samperio logra crear un universo literario para que nosotros, sus lectores, amigos o no, alumnos o no, lo *habitemos*. Logra hacer de nosotros fantasmas que por un segundo toman forma y materia y se aposentán en una historia y se mueven por ella como por la vida. Nos hace caminar y decidir, pensar y no pensar, jugar y ser parte de *otra forma de ver*. Por eso se nos aparecerá una y otra vez, como el fantasma de Arreola: hará de sus textos el lugar de sus apariciones, y de nosotros, que lo extrañaremos, el lugar de sus evocaciones.

Algunos de sus libros están en blanco, sin dedicatoria y sin mi firma y fecha, como era mi férrea costumbre hace años. Resultaría extraño datarlos hoy 14 de diciembre de 2016. No pienso hacerlo. La cena y el vino tinto se postergaron en varias ocasiones, ahora que ya me mudé a la Ciudad de México. No me queda más que ir habitando de nuevo sus cuentos, a ver si me lo encuentro, en este u otro universo, en este u otro cuento. **U**